

PRÓLOGO DE LA EDICIÓN INGLESA

Por la parte que Mr. Burke tomó en la revolución americana, era natural que yo le considerase como un amigo de la humanidad; y como nuestro trato se inició en este terreno, hubiera sido mucho más agradable para mí haber tenido motivos para seguir en la misma opinión que verme obligado a cambiarla.

Cuando, el invierno pasado, Mr. Burke pronunció en el Parlamento inglés su violento discurso contra la Revolución francesa y la Asamblea Nacional, estaba yo en París y le había escrito muy poco tiempo antes, comunicándole lo felizmente que se desarrollaban los acontecimientos. Poco después vi el anuncio del panfleto que se proponía publicar. Como el ataque estaba hecho en un idioma poco estudiado y menos entendido en Francia, y como todo escrito se resiente de las traducciones, prometí a algunos amigos de la Revolución en este país que cuando saliera el panfleto de Mr. Burke, yo lo contestaría. Esto me pareció verdaderamente necesario, cuando vi las falsedades flagrantes que el panfleto contenía; se trata de una burla injuriosa para la Revolución y los principios de la Libertad, y constituye un engaño para el resto del mundo.

Yo soy el más absorto y desilusionado por esta conducta de Mr. Burke, ya que (como las circunstancias me han llevado a mencionar) me había hecho otras ilusiones.

Había yo visto lo suficiente de las calamidades de la

guerra para desear que nunca volvieran a verse en el mundo, y que se encontrase algún medio para resolver las diferencias que ocasionalmente surgiesen de la vecindad de las naciones. Esto habría de conseguirse con seguridad, si las cortes estuvieran dispuestas a intentarlo honradamente, o si se instruyese a los pueblos lo suficiente como para que las cortes no los engañasen como a chinos. El pueblo americano había sido educado en los mismos prejuicios contra Francia que caracterizaban en aquellos momentos al pueblo inglés; pero la experiencia y el trato con la nación francesa, habían hecho ver prácticamente a los americanos la falsedad de estos prejuicios; y no creo que exista entre otros dos países un intercambio más cordial y amistoso que entre América y Francia.

Cuando en la primavera de 1787 vine a Francia, era ministro —y por aquel entonces muy estimado— el arzobispo de Toulouse. Llegué a tener gran amistad con el secretario particular de este ministro —hombre de corazón benévolo y magnánimo—, y comprobé que sus sentimientos y los míos estaban totalmente de acuerdo en lo que se refería a la locura de la guerra, y a la desdichada política de dos naciones como Francia e Inglaterra que no hacían sino molestarse mutuamente sin otra finalidad que la de un mutuo aumento de cargas en impuestos. Para no poder tener duda acerca de sus sentimientos, y para que no dudase él de los míos, puse por escrito la síntesis de nuestras opiniones y se la envié añadiendo la siguiente demanda: si yo veía en el pueblo inglés alguna inclinación a cultivar una mejor comprensión entre los dos países que la que hasta entonces había prevalecido ¿hasta dónde podía considerarme autorizado para decir que la misma inclinación existía

por parte de Francia? Me contestó en una carta sin ninguna reserva, y no sólo en su nombre, sino en el del ministro, con cuyo conocimiento decía escribirme.

Hace casi tres años que puse esta carta en manos de Mr. Burke; allí la dejé, y allí está todavía; con la esperanza y al mismo tiempo la ilusión, por la opinión que de él tenía formada, de que encontraría alguna oportunidad de hacer buen uso de ella, con objeto de disipar aquellos errores y prejuicios que dos naciones vecinas —por el hecho de no conocerse mutuamente— habían mantenido con quebranto para ambas.

No cabe duda de que el estallido de la revolución francesa, ofreció a Mr. Burke una oportunidad de hacer algún bien, si hubiera estado dispuesto a ello; lejos de esto, tan pronto como se dió cuenta de que los viejos prejuicios se desvanecían, empezó a difundir la semilla de una nueva discordia, como si le asustase que Inglaterra y Francia pudieran dejar de ser enemigas. Que en todas las naciones hay hombres que viven a costa de la guerra y de mantener enconadas las discordias de las naciones, es un hecho tan escandaloso como cierto; pero cuando aquellos a quienes incumbe el gobierno de un país basan su ciencia en sembrar la discordia y en cultivar los prejuicios entre las naciones, el hecho resulta aún más imperdonable.

En cuanto al párrafo de esta obra en que insinúo que Mr. Burke disfruta de una pensión, la especie lleva lo menos dos meses circulando; y como algunas veces la persona interesada es la última en oír lo que a ella más le interesa saber, lo menciono para que Mr. Burke tenga ocasión, si así lo juzga oportuno, de desmentir el rumor.

THOMAS PAINE